

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 5184

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias,** tres meses, 7'50 id.—**Extran-**
jero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEVAS 4.

Sábado 16 de Febrero de 1889

CANTARES

Para bisbetes Inglaterra
Y para escencias el moro,
Para chocolate, EL BARCO
Que está medallado de oro.
Si hablas de libes y calés
Mira no metas la pata
que los que elabora EL BARCO
Tienen medalla de plata.

Los cafés empaquetados y los de la gran
fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obte-
nido la única medalla de plata en la Exposi-
ción Universal de Barcelona, y los chocolates
la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez
Risueño, 2, Caridad, Cartagena.

ROMPECABEZAS COLON

De venta en la tienda «La Estrella de Oro»,
Cuatro Santos, 25 y 27.

A 15 céntimos.

ECOS DE MADRID

15 Febrero de 1889.

La última plana de *La Correspondencia*
parece desde hace algunos días un cemen-
terio. Continúa lo fúnebre de las esquelas
en que anuncia fallecimientos sensibles
como el amigo picaresco y desvergonzado de
la sociedad de avises útiles.

Pero de esto ya hablaremos después por-
que es un nuevo signo característico de la
época.

Antes de despedirnos a despedir a los
que se van por que se van de prisa y la in-
saciable muerte no descansa.

La duquesa de Prim, una santa y unamár-
tir, ha muerto después de muchos años
de padecimientos. Desde que su esposo fue
vilmente asesinado, la duquesa murió
para el mundo. Pero aunque vivía retirada
su objeto de consideración y respeto. Los
que comprendían su dolor simpatizaban
con su tristeza y estoy seguro de que mu-
chas personas que ni siquiera la han visto
en su vida, sienten su muerte y si no lágrima
por lo menos le dedican plagarías.

Alonso Dalgado, un poeta joven toda-
vía que no pasaba de los cuarenta, ha fa-
llecido víctima de una larga y terrible en-
fermedad. Estimado en la república de las
letras, querido de cuantos le conocían por
su bello carácter, llegó a adquirir popula-
ridad en Madrid hace cuatro o cinco años
cuando desempeñó las funciones de conec-
jal.

—Sábado 16 de febrero, una sesión
del Ayuntamiento: aquí lo que más falta
hace es una escoba.

Esta frase que quedará en las concien-
cias y en los labios de las gentes, demuestra
un taler que pocos han caído. Y eso que
se distingue por la dulzura de su carác-
ter.

Como poeta, deja una colección de
inspiradas composiciones y un poema titu-
lado *El Divido*, dictado sin duda por la
tristeza de la enfermedad que minaba su
existencia.

También ha bajado al sepulcro el maes-
tro Ojeiro, un organista de primer orden
y un compositor de música religiosa muy
distinguido.

Lo terrible lo que pasa. Los que dis-
tinguen se ven obligados a asistir a

dos a tres entierros diarios y muchos la
pierden en estas fúnebres expediciones.
Gutiérrez Abascal, el distinguido redactor
del *Resumen* ha debido a un entierro una
enfermedad que le ha costado quince días
de reclusión.

Por lo dejenos este asunto que se presta
a melancolías para celebrar el triunfo que
con su ópera *Los Amantes de Teruel* ha al-
canzado el maestro Bretón.

Aquí es costumbre, sobre todo entre los
músicos, de hablar mucho de la ópera na-
cional; pero en buena ley los primeros que
dificultan su desarrollo son los que más in-
terés tendrían en allanarlo.

Apenas indica un joven compositor el
propósito de escribir una ópera; los obstá-
culos le salen al encuentro. La empresa del
Teatro Real que tiene obligación de repre-
sentar en cada temporada una obra de autor
español considera esta obligación como
una pesada carga. Los cantantes la secun-
dan en este horror. Por regla general los
artistas estudian media docena de óperas
y aprender una nueva es para ellos un
superabito de trabajo que les molesta.
Todos conspiran contra el pobre com-
positor y solo a regañadientes ponen en
escena su obra.

Lo que ha tenido que sufrir el aplaudido
maestro sería asunto bastante para otra
ópera dramática. La Academia fue la pri-
mera en declarar que *Los Amantes de*
Teruel existían grandes modificaciones.
Después gran número de amigos y compa-
ñeros del compositor comenzaron a cantar
sotto voce el aria del *Barbero* tratando de
desprestigiar la obra.

La ópera de Bretón, decían algunos va a
ser la noche del día del Juicio, cada frag-
mento se va a ir con su dueño.

Con esto pretendían expresar que el
compositor convertido en mariposa había
libado en todas las óperas del moderno
repertorio y ha resultado de la prueba una
gran personalidad musical. La opinión del
público imparcial, ha proporcionado un
triunfo completo y brillantísimo al que ya era
considerado como uno de los mejores di-
rectores de orquesta y es desde hoy uno de
los mas distinguidos compositores espa-
ñoles.

Julio Nombela.

Variedades.

Solución a las dos charadas que dedica a
esta Sociedad el Sr. H. en El Eco de ayer.

Con entusiasmo he leído
tus charadas muy discretas,
y en frases también concretas,
te diré lo que ha sentido.

Esta Sociedad reunida
bien pronto las acertó
y bastante se rió
quedándose agradecida.

Amillan, el director
quizá se haya reído
por usar de un apellido
en la charada al autor.

Mas si a eso por un óvulo
dolor de estómago o de
boca, o de nariz, o de
dolor de cabeza, o de
dolor de pies, o de
dolor de manos, o de
dolor de brazos, o de
dolor de piernas, o de
dolor de todo el cuerpo,
por la Sociedad A.

M. A.

Charada.

Abajo el primero terciá,
el pueblo todo gritó;
a este grito conquistó
prima dos su independencia.

E. A.

La solución en el número próximo.

UN VIAJE EN EL SUBMARINO PERAL

Había llegado el momento de la prueba de
finitiva, y me encontraba entre la muchedum-
bre que acudía a presenciar el portentoso es-
pectáculo.

Trataba de saciar mi vista en las perfeccio-
nes exteriores del buque, ya que me estaba
vedado penetrar en su interior.

Aun late mi corazón con violencia, al recor-
dar el efecto que me produjo ver balancearse
en las aguas del dique aquel monstruo de 22
metros de largo y 2'75 de diámetro, en su
mayor anchura.

El gentío aclamaba frenéticamente al in-
signe Peral, que inútilmente trataba de acer-
carse al buque.

No sé lo que pasó por mí, pero hallándome
cerca del submarino y aprovechando una oca-
sión en que todas las miradas se hallaban
fijas en Peral, me dediqué por la escotilla,
llegando hasta la escotilla, y desaparecí por
aquella puerta de un mundo desconocido
hasta ahora.

Elegante y sólidamente instruido, vi los
600 acumuladores eléctricos, las cajas de aipo
comprimido, aparatos destinados a absorber
las impurezas del aire, cámaras para la tripu-
lación, aparato lanzatorpedos, el de profundi-
dades y otros varios.

Repártiles convenientemente brújulas, ser-
tantes, manómetros, termómetros, etc., y esto
sin que fuese estorbado por los hilos eléc-
tricos que, como nervios de aquel monstruo, hijo
de la inteligencia de un hombre, debían pro-
ducir la vida y el movimiento. Todo lo ob-
servaba a la luz que penetraba por unas por-
tas provistas de la necesaria resistencia con-
tra las presiones y choques que pudiesen
comprometer la seguridad del buque.

Un rumor de voces se dejó oír sin darme
tiempo mas que para esconderme entre unas
telas, que felizmente se encontraban en un
ángulo de la cámara, y aparecieron las perso-
nas que habían de tomar parte en tan gloriosa
empresa.

Sonó un viva atronador. Salvas de artillería
saludaron al buque, y por fin sentí cerrar la
escotilla.

Una oscilación seguida de un ruido acom-
pasado me indicó que el *Peral* surcaba las
aguas, y entonces, decidido a arrostrar las
consecuencias de mi atrevimiento, me pre-
senté a la vista de los oficiales, que me suje-
taron antes de que pudiese pronunciar una
sola palabra.

Me permitieron, mis sencillas explicaciones y
la complacencia con que miraban mi enage-
rado entusiasmo, alcanzaron mi perdón del
que me aproveché para insinuar en un bue-
no momento.

Una luz tenue iluminaba el interior del bu-
que, y daba un tinte ligeramente fantástico a
las cosas que se veían. El submarino, que
se iba moviendo, daba una sensación de
movimiento.

Sobre nosotros, cubiertos, estaban enormes
masas, cuyo objeto no alcanzaba al submarino,
que se deslizaba sobre el panorama más bello
que puede soñar la imaginación. Un suelo ac-
cidentado y cuya superficie cubría un limo

viscoso, en el que abundaban las diatomeas y
diminutas conchas silíceas y salinas, polí-
citas, rhizopodos, foraminíferos, formaban
el jardín más variado y espléndido que puede
crear la Naturaleza. La tubularia de conchí-
llo con sus flores escarlata y amarilladas sa-
cimos de ovarios semejando una florida tege-
ración; la tubularia ramada, figurando pa-
bilados arbustos y árboles abatidos por el
tiempo, cubiertos de flores rojas y anaranja-
das, elegantes campanuladas cual finísima la-
lux de selva balnearia continuamente; la
serpularia falcata, estremecida al menor
movimiento del agua; la gerardia, haciendo
gala de sus flores amarillentas y anaranjadas
de múltiples y colgantes pétalos; los alci-
ones, cuyo rojo color e irregulares formas equi-
trataban con las hermosas flores de amarillo
oro que se desplegaban en el antecorralo pe-
rante sobre un tranco color de rosa. La esti-
nia equina, de flores púrpura salpicada de
verde, la Amplumoa, cuya forma es la de un
imageno clavet; las fluoroceras, bellísimos
quitesoles, animados, toda formando bosque
sin límites, extendiéndose sobre una alfom-
bra de anémonas, de las más bellas y de las
más coloradas. En un lado, formando extensas
prados; en otros, estalactitas, de misteriosas
grutas, y en todas partes el movimiento y la
vida; pero una vida imposible de comprender
si no se ve.

Resumamos sobre la antigua ciudad de Ma-
laga, que floreció desde los tiempos de los
fenicios hasta los romanos. Entre los edificios
murales crecieron multitud de plantas marinas y
se albergaban los molinos de viento, echinos
mejales, helothurians plantopis, y epilis y du-
bulos en forma de granos, prismas y otros
muchas más caprichosas.

Los hidroceros, adheridos a las plantas
marinas, hacían aparecer como cubiertas
de delgado manto, no escapando entre ellos
los mariposarios y flustrofoliaceos.

Pronto empezó a sentirse la débil comen-
te del estrecho de Gibraltar, que circula en
su parte superior del Atlántico al Mediterrá-
neo, y en la inferior de éste a aquél. El peso
de nuestro buque disminuyó por efecto de la
mayor pesadumbre del agua, y hubo que com-
pensar esta falta de peso por medio de los
aparatos especiales para navegar a la misma
profundidad.

Como una ilusión, vi pasar las sumergidas
ciudades de Cartagena y Bolón, cuyos calles
cruceaban ahora una numerosa población ma-
rina, entre la que destacaban las vetustas de
ellas la ludia cilíar, el pentaceros, los tui-
carios, adheridos a una zona de hidroceros los
queros, y en el suelo de donde quise que se
ofrecía una ligera señal, la otra hippopus, ro-
sada, paludosa, leucostola, la melitosa, cris-
tata y pelitosa, la conchida almeja, el myti-
lus percarpiatus con los laberios que unie-
ra en su zona, el murice erico, corallinus
cristatus y otros, y entre ellos y sobre ellos,
cubriéndolo todo con asombrosa profusión,
innumerable familias de animales, desrolla-
dos en forma de mariposas, caracoles, almejas
y conchas, la imaginación puede concebir. Los
poliperos hidrantes, tan comunes en nuestras
costas, estaban representados por las tubula-
rias, camponidarias y acorallinas, y en su co-
pongiario se veía aquí y allá, godendo y como
negociando todo por distantes cadenas trans-
versales de la fosforescente noche.

Los cirrípodos representados por la anati-
fa lira y anatifas doctelada, los caprelleros
por el cangrejo gámmaro, la fecunda lampreta,
que llega a poner 120.000 huevos, el salroso
langostión, de un verde amarillento espiñado
de gris, el langostino de Lameiro, el camarón
de tierra, de color rojo pálido, los solitunos
paguros que viven en las conchas de que se